

Animado de esta fe activa vive el justo (1), y por medio de ella concédele Dios las riquezas y tesoros de su gracia, y mueve su voluntad á obrar el bien; y por ello dice el Apóstol que *la palabra de Dios*—caudaloso manantial de la fe—*es viva y eficaz, y más poderosa para penetrar nuestra alma que una espada de dos filos* (2). Advertid que no dice «la palabra de Dios» es eficaz», sino *viva es la palabra de Dios*; porque de esta vida procede su eficacia; y esta vida no la tiene por sólo estar escrita en los Libros santos ó conservada en la memoria, sino cuando está actuada en nuestra alma mediante la consideración y ejercicio de la fe. Entonces posee una fuerza maravillosa para mover nuestro corazón á la práctica de las virtudes, y logra estos efectos con mucha más eficacia que cuantos razonamientos y consideraciones pueda discurrir nuestro entendimiento.

El Santo Job, hablando de la excelencia de esta virtud, dice que «su divina luz resplandecía como antorcha sobre su cabeza, y guiado por esta luz andaba seguro entre las tinieblas y errores de este mundo» (3); y yo hallo la metáfora muy adecuada para trazar la norma que debemos seguir en la práctica de esta viva fe. En efecto: el hombre consta de alma y cuerpo; con el cuerpo vive en este mundo alumbrado por la luz del sol y provisto de medios adecuados para subvenir á todas las necesidades de su naturaleza. Pero al alma, que es espiritual é imagen de Dios (4), no la bastan los rayos de este sol para vivir, ni halla en este mundo alimento apropiado á su naturaleza, y por tanto, necesita vivir en otra región más encumbrada, región sobrenatural bañada por una luz más intensa, más pura, por una luz perpetua é inextinguible, por la luz de la fe, aurora de la vida eterna y

(1) Habac., II, 4; Rom., I, 17; Hebræ., X, 38.

(2) Hebræ., IV, 12; Ephes., VI, 17.

(3) Job, XXIX, 3.

(4) Génes., I, 26; Génes., IX, 6.

destello inmortal de Dios. A esta luz se refiere el patriarca Job en el lugar citado; de ella habla el real Profeta cuando dice á Dios: *Antorcha para mis pies es tu palabra, y luz para mis sendas* (1); esta es *la antorcha encendida* que, como dice Jesucristo en su Evangelio, *debemos llevar en nuestras manos los que vivimos consagrados al divino servicio* (2), *para enderezar nuestros pasos por el camino de la paz* (3). Ella es luz vivísima cuyos rayos esplendorosos inundan el alma y la instruyen y la alientan y la mueven á emprender obras heroicas, cuyos resultados admiramos hoy en muchos santos. Y á la verdad: alumbrado por esta luz divina San Antonio abad, y movido por aquellas palabras del Evangelio: *Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes y dalo á los pobres* (4), como si las hubiera oído de la boca de Jesucristo, al momento las puso en ejecución y voló al desierto. Así lo asegura San Atanasio. Lo mismo escribe San Buenaventura del glorioso San Francisco, el cual como oyese estas palabras: *No queráis poseer oro, ni plata, ni alforja para el viaje, ni más de una túnica y un calzado* (5), luego tomó aquello por base de su Instituto. Lo propio refiere San Jerónimo de San Hilarión; y si bien lo consideramos, esta misma viveza de fe, abriendo los ojos del alma para mirar lo eterno, ha sido la que llenó antiguamente los desiertos de monjes y anacoretas, ahora los conventos de religiosos, y siempre el cielo de mártires, vírgenes y confesores. Y vosotras debéis otorgarlo, alabando á Dios por ello. Decidme: ¿qué fuerza tan poderosa os ha arrancado de los brazos de vuestros queridos padres y puesto en los brazos de Jesús, para desposaros con Él hasta la muerte? (6). ¿Qué es-

(1) Psalm. CXVIII, 105; Psalm. CXVIII, 133; Prov., IV, 18; II. Reg., XXII, 29.

(2) Luc., XII, 35.

(3) Luc., I, 79.

(4) Matth., XIX, 21; Marc., X, 21; Luc., XVIII, 22.

(5) Matth., X, 9; Luc., IX, 3.

(6) Osee, II, 20.

trella os ha conducido hasta la Casa de Dios, en la cual todo os era desconocido y no podíais esperar sino humillaciones, mortificación y pobreza?... La fe; no lo dudéis. Ella os dijo un día en nombre de Dios: *Escucha, hija mía, mira, inclina tu oído. Si quieres que el Rey de reyes quede prendado de tu belleza, olvida tu pueblo y la casa de tu padre* (1); viéndoos turbadas é indecisas, os prestó sus alas, y rasgando las nubes, os llevó en espíritu á las puertas de la Ciudad santa (2), y pudisteis contemplar la gloria que Dios tiene reservada para aquellos que le aman (3); y estimuladas por estas promesas inefables, os faltó el tiempo para romper todos los lazos que os unían al siglo (4) y volar al encuentro de vuestro Amado.

Ya que hemos recibido de Dios este don inestimable (5), debemos utilizarlo aplicándolo á cada uno de nuestros actos y tomarlo por espléndido fanal de toda nuestra conducta, pues ayuda poderosamente á llevar con alivio la pesada carga de la vida. ¿Habéis observado alguna vez cómo, á altas horas de la noche, la primera autoridad—vulgarmente llamada la justicia—para asegurar la paz y tranquilidad de una población, ronda por sus calles y plazas provista de una linterna, cuya luz aproxima al rostro de los que halla al paso para conocerlos y frustrar sus propósitos, si intentan algún daño? Pues esto mismo debemos hacer y con estas precauciones hemos de vivir los que peregrinamos por este destierro lleno de tinieblas y peligros (6). Provistos de esta luz viva de fe que, en frase de San Pedro, *alumbra como antorcha en lugar obscuro* (7), cuando hallemos alguna dificultad ó repugnancia en el cumplimiento de nuestros deberes religiosos, ó bien en las graves tentaciones y peligros de que está sembrada la

(1) Psalm. XLIV, 11.

(2) Apocal., XXI, 10.

(3) I. Corinth., II, 9; Isaiaë, LXIV, 4.

(4) Psalm. CXXIII, 7.

(5) Ephes., II, 8.

(6) Ephes., VI, 12.

(7) II. Petr., I, 19.

vida, avivando la fe, practiquemos al momento lo que nos sugiera en aquel caso, y entonces, no lo dudéis, viendo el tentador descubiertos sus planes y fracasados sus malvados intentos, huirá corrido y amostazado, y nosotros habremos logrado una de las mayores victorias vinculadas á la fe, dice el Apóstol (1).

Práctica. 1.º Pongamos ejemplos. Si cuando se trata de cumplir alguno de los deberes incluídos en el voto de obediencia sentimos que nuestra voluntad intenta levantar bandera de rebelión contra lo ordenado por el Superior, al momento recurramos á la fe, y ella nos dirá que el Superior está en lugar de Dios, y por tanto, *quien á él escucha, á Dios escucha; y quien le desprecia, ó no le obedece, á Dios desprecia* (2). Nos dirá con San Pablo, que *debemos obedecer á nuestros superiores y estarles sumisos, porque han de dar cuenta á Dios de nuestras almas* (3). Nos dirá que, como religiosos, estamos obligados á imitar á Cristo, *hecho obediente hasta la muerte de cruz* (4). Nos dirá que *el alma obediente logrará victoria sobre todos sus enemigos* (5), y hasta nuestra misma conciencia alarmada clamará recordándonos el sagrado voto de obediencia que espontánea y libremente hicimos arrodillados á las plantas de Jesús Sacramentado el día de nuestra profesión. Alumbrados con esta luz é instruídos con esta palabra divina, veremos á Jesucristo en nuestro Superior y le obedeceremos con grande amor y respeto. Con esta viva fe obra aquel grande Santo, Francisco Javier, de la Compañía de Jesús, y tan penetrado vivía de su espíritu, que cuando escribía alguna carta á su Superior, creyendo que hablaba con el mismo Dios, lo hacía puesto de rodillas.

2.º Si alguna vez nuestro amor propio se cree humillado

(1) I. Timoth., VI, 12; I. Petr., V, 8.

(2) Luc., X, 16.

(3) Hebræ., XIII, 17; Tit., III, 1.

(4) Philipp., II, 8.

(5) Prov., XXI, 28.

por algún desprecio ó corrección recibida, ó bien porque se nos trata con alguna dureza ó desabrimiento—que en nuestra errada opinión estamos muy lejos de merecer—ó por algún otro motivo que nos hiera ó mortifique; si en esos momentos de angustia acudimos á la fe, ella derramará inefables consuelos en nuestras almas al recordarnos que Jesús, nuestro dulcísimo Esposo, abrasado de amor por nosotros (1), se anonadó á sí mismo (2), y dijo que era gusano y no hombre; el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe (3); al decirnos que no ha de ser el discípulo de mejor condición que su Maestro (4), de suerte, que si el Maestro fué llamado blasfemo (5) y endemoniado (6), y padeció humillaciones, calumnias, dolores, tormentos y muerte de cruz (7), no es justo, no es equitativo que el discípulo viva sin ellas, puesto que han de procurarle *un peso inmenso de gloria en la eternidad* (8). También nuestra conciencia puede con razón argüirnos en este punto y obligarnos á enmudecer diciéndonos, que quien ha merecido el infierno por sus pecados, en vez de quejarse cuando es humillado, debe andar á caza de humillaciones y desprecios, y aun mostrarse agradecido á quien se digna humillarle.

3.º Si tan grave y tenaz es la tentación con que Dios quiere probarnos (9), que sumiéndonos en profunda tristeza logra poner en peligro nuestra fidelidad en el servicio divino y parece como que nos arrastra hacia el abismo del pecado, RESISTITE FORTES IN FIDE, OS diré con San Pedro (10); la fe nos dará fuerzas para resistir y nos consolará asegurándonos en nombre de Dios que es dichoso y *bienaventurado el que sufre*

(1) Jerem., XXXI, 3.
 (2) Philipp., VIII, 7.
 (3) Psal. XXI, 7.
 (4) Matth., X, 24.
 (5) Joann., X, 36.

(6) Joann., VIII, 52.
 (7) Matth., XXVII, 38.
 (8) II. Corinth., IV, 17.
 (9) Tob., XII, 13; Hebræ., XII, 6.
 (10) I. Petr. V, 9.

con *paciencia la tentación* (1); la fe calmará las ansiedades y zozobras de nuestro espíritu, recordándonos que *Dios es fiel, y no permitirá que seamos tentados sobre nuestras fuerzas; antes de la misma tentación nos hará sacar provecho* (2); y que *es forzoso pasar por muchas tribulaciones y tentaciones para entrar en el reino de Dios* (3), ya que la *vida del hombre es campo de batalla* (4), y *Dios ha prometido al que venciere sentarlo en un trono, coronado de gloria* (5). ¿Veis las ventajas que procura la fe al alma que de ella vive y con ella obra y por ella padece y se sacrifica?, ¿columbráis las riquezas que atesora y el poder inmenso que posee para calmar las tempestades del corazón, y triunfar de todos los enemigos, y efectuar la unión de nuestra alma con su Criador? (6).

Pues bien, hermanas mías: esta es la luz que debe alumbrar nuestros pasos mientras peregrinemos en la tierra (7); esta es la antorcha espiritual que no debemos soltar nunca de la mano, para no desviarnos de la *senda estrecha que conduce á la vida eterna* (8); esta es el arma formidable y poderosa para triunfar siempre de los enemigos del alma visibles é invisibles; este es el *tesoro escondido* á los sabios y prudentes del siglo (9), pero *abierto y patente á los humildes* que buscan á Dios para *adorarle con espíritu* de viva fe (10). En nuestras manos le tenemos; aprovechémonos de este don del cielo, el mismo que ofrecía Jesús á la Samaritana junto al pozo de Jacob (11). Poseídos de este espíritu, obraremos maravillas como las que cuenta el Apóstol de los Santos del Antiguo Testamento (12); viviremos desprendidos del mundo y de sus vanidades (13); resistiremos con fortaleza los ataques del

(1) Jacob., I, 12.
 (2) I. Corinth., X, 13.
 (3) Act., XIV, 21.
 (4) Job, VII, 1.
 (5) Apocal., III, 21.
 (6) Ephes., III, 17.
 (7) II. Corinth., V, 6.

(8) Matth., VII, 14.
 (9) Matth., XI, 25.
 (10) Joann., IV, 24.
 (11) Joann., IV, 10; Ephes., II, 8.
 (12) Hebræ., XI, 33.
 (13) I. Joann., V, 4.

mal espíritu y las perniciosas influencias de la carne y de las pasiones (1); en la oración seremos siempre escuchados (2), *porque todo es posible al que cree* (3); en la comunión, ¡oh!, la comunión, hermanas mías... si recibiéramos con viva fe el Cuerpo sacratísimo de Cristo; si pensáramos, siquiera algunos momentos, que en el reducido espacio de la sagrada Hostia que recibimos está nuestro buen Dios, el Dios vivo (4), el adorado en el cielo, el Amante que por nosotros ha muerto, el Esposo enamorado que sale á recibir á su esposa para unirse estrechamente con ella, y perdonar sus pecados, y colmarla de gracias y mercedes, y darla el ósculo de paz, y abrasarla con vivas llamas de amor y hacerla suya para siempre... ¡ah! entonces lograríamos sentir en nuestras almas los admirables frutos de este Sacramento inefable, y gustar la suavidad y dulzura de nuestro Dios (5); y espoleados, como San Pablo, por la vehemencia del amor, exclamaríamos con él: *No soy yo el que vivo, sino Cristo quien vive en mí* (6). Ya no extraño que San Ignacio de Loyola sólo pudiera celebrar una Misa en una noche de Navidad, convertido como estaba su corazón en un áscua, en un volcán de amor divino. No me maravillo de que el Beato Juan de Ávila derramase tal abundancia de lágrimas durante el Santo Sacrificio, que hubiese luego necesidad de tender al sol los corporales para secarlos. Y es que el amor divino, impulsado por la fe, rebasaba los límites del corazón y asomaba á sus ojos deshecho en ardientes lágrimas...

En vista de estos ejemplos admirables, resolvámonos, hermanas mías, á emprender esta vida de fe, que es vida divina, vida de gracia, vida de amor; á apagar la sed de

(1) Rom., VIII, 13; Jacob., IV, 7; Ephes., IV, 27; I. Petr., V, 9.

(2) Matth., VII, 7-8; Luc., XI, 9-10; Joann., XVI, 24; Joann., XV, 7; Matth., XXI, 22.

(3) Marc., IX, 22.

(4) Matth., XVI, 16.

(5) Psalm. XXXIII, 9; Psal. XXX, 20; Cant., II, 3.

(6) Galat., II, 20.

nuestras almas en este manantial indeficiente de *aguas vivas que saltan hasta la vida eterna* (1); á remediar nuestra pobreza espiritual con los tesoros de este don del cielo que Dios ha puesto en nuestras manos; á granjearnos numerosos amigos—que son las virtudes—para que nos defiendan en el día de la cuenta (2), y engalanados con ellas, nos introduzcan en las eternas moradas de la gloria.

(1) Joann., IV, 14.

(2) Luc., XVI, 9; Tobia, IV, 7-10; Eccli., XIV, 17.

